

## La causa perdida

Cuando las palabras empezaron a escapárase, buscábamos soluciones simples. Lista de compra en el refrigerador, notas adhesivas en cada puerta, recordatorios en el teléfono que sonaban cada hora. Mi hija insistía: "Papá, es normal a tu edad". Pero yo sabía que era más que eso. Un profesor de literatura sabe cuando sus herramientas empiezan a oxidarse.

Cuarenta años enseñando literatura no se borran fácilmente. Las palabras, mis fieles compañeras, ahora me traicionaban. Primero fueron nombres: Cervantes, Borges, García Márquez. Luego los títulos de mis obras predilectas. Después, conceptos enteros. Mis alumnos siempre admiraron mi capacidad para citar de memoria párrafos completos. "El profesor Montalván tiene bibliotecas en la cabeza", decían. Qué ironía que ahora esas bibliotecas ardan sin remedio, libro a libro, página a página.

Esta mañana, mientras observaba el vapor elevarse de mi té, olvidé cómo se llamaba esa figura literaria que compara dos cosas sin usar "como" o "tal cual". La metáfora —esa palabra tan griega, tan precisa— se había esfumado. Y lloré. No por tristeza, sino por rabia. Era como si alguien robara las estrellas del firmamento, una a una, y yo sólo pudiera contemplar el hurto.

Ahora mismo, sentado frente al espejo, intento reconocérme. Las arrugas dibujan un mapa de caminos que ya no recuerdo haber transitado. Llevo un cuaderno donde anoto mis pensamientos. El doctor Méndez lo recomendó. "Escriba mientras pueda", dijo con esa mirada compasiva que detesto. Así que escribo para recordár quién fui, quién soy, mientras aún puedo formar frases coherentes.

Mi despácho, ántes catedrál de saber con estanterías que llegában al técho, ahóra me parece un laberínto. Búsko un líbro y olvído cuál. Ábro pástas y las palábras báilan, se reordenan, se búrlan de mí. Ayér encontré úna fotografía éntre las páginas de "Cién años de soledád". Un hómbré sonriénte con tráje oscúro recibía un prémio. Tardé quínce minútos en dárme cuénta de que ése hómbré éra yo. Al revérso, úna dedicatória: "Al más brillánte analísta de García Márquez". No recuérdo quién la escribió.

Mi híja ha contratádo a Eléna, úna cuidadóra que viéne tres véces por semána. Tiéne mános pequéñas y úna voz tranquila. Me ayúda a organizár mis medicaméntos y me escúcha con paciéncia cuando repíto las mismas histórias. Háce dos días, me preguntó por qué subráyo con rójo tódas las vocáles tónicas en mis escritos.

—Es un sistéma —le expliqué—. Un método pára no perdérme.

No lo entendió, cláro. ¿Cómo explicárle que cáda acénto es un ánclo, un púnto fijo en un múndo que se vuélve líquido? Ésta manía mía de tildár, que mis alúmno siémpre encontráron excesíva, ahóra es mi última trinchéra.

Hay días mejóres. Hoy recordé el nómbre de mi priméra nóvia sin esfuérzo: Lucía. También recordé el colór de su vestído el día que la conocí: azul con pequéños púntos bláncos. Recordé el olór a jazmín de su perfúme y el sonído de su rísa en el pátio de la universidad. Péro olvidé el nómbre de mi espósa, con quien compartí tréinta años. Sé que empezába con M. María, tal vez. ¿O éra Márta? La búsko en las fotografías y reconózco su róstro, péro su nómbre se ha convertído en un éco lejáno.

El neurólogo dice que tendremos cada vez más días malos que buenos. Que vendrán más lagunas, más vacíos. Que las palabras seguirán escapándoseme como agua entre los dedos. Pero no me ha quitado mis libros. "Son buenos para la estimulación cognitiva", afirmó. No entiende que no los leo para ejercitar la mente, sino para encontrarme en ellos.

Mi hija viene los domingos con mis nietos, que ya son casi adolescentes. Me miran con una mezcla de curiosidad y tristeza. El mayor, Daniel, me preguntó la semana pasada si todavía podría ayudarle con su ensayo de literatura. Quise decirle que sí, que aún quedaba algo del viejo profesor en mí, pero sólo pude asentir. Luego, cuando se fueron, pasé horas buscando mis viejos apuntes. No los encontré, pero hallé un poema que escribí para su abuela. Lo leí varias veces y, por un momento, su nombre regresó a mí: Margarita.

Hoy abrí "Don Quijote" al azar. Leí: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos". Lloré de nuevo, pero esta vez de alegría. Entendí cada palabra. Las sentí vivas, vibrantes.

Mientras pueda reconocer la belleza de un verso o una frase bien construida, mientras las tildes sigan marcando el ritmo de mis pensamientos, seguiré siendo yo. Cuando las palabras me abandonen por completo, quizás alguien encuentre este cuaderno y entienda que hubo una vez un hombre que amó el lenguaje más que a su propia memoria.

Y tal vez, sólo tal vez, esa persona recuerde por mí.